

ESCUCHAR UN GRITO PARA UNA BUENA NOTICIA

Rinaldo Paganelli¹

Venimos de un tiempo en el que la oración, el pensar en Dios y dirigirse a Él jalonaba la jornada: el amanecer, el mediodía, el atardecer. Un tiempo marcado fuertemente por un «nosotros»: marcado por aquellos verbos que asumían y aquellos sustantivos que dirigían la mirada del hombre.

Lo que me propongo con esta intervención es esencialmente ofrecer una lectura de trasfondo y de fundamento que dé razón de por qué se ha hecho difícil escuchar el grito de los más débiles y hablar de la caridad en la catequesis.

Para desarrollar todo esto, he pensado en subdividir mi intervención en tres partes. En la primera parte, quiero intentar responder a esta pregunta: ¿De dónde venimos? ¿Cuál es la historia que tenemos a nuestras espaldas? En la segunda parte, intentaré responder a esta otra pregunta: ¿Qué comunidad se requiere hoy para que el anuncio vuelva a proclamar la caridad? En la última parte, daré algunas indicaciones para establecer líneas de acción.

¹ Rinaldo Paganelli, sacerdote dehoniano, obtuvo el doctorado en Catequética y Pastoral Juvenil en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, en la que ahora es docente de catequética. Fue director responsable de la revista Evangelizzare. Ha realizado numerosas publicaciones de catequesis, catequética y oración en la editorial EDB, de los religiosos dehonianos.

¿QUÉ HISTORIA TENEMOS A NUESTRAS ESPALDAS?

Para plantear la primera etapa de nuestro itinerario, hago referencia al pensamiento de U. Galimberti: «Los hombres no han habitado jamás el mundo, sino siempre y solamente la descripción que de tiempo en tiempo el mito, la religión, la filosofía o la ciencia han dado del mundo. Una descripción por medio de palabras estables, colocadas en los confines del universo para establecer sus límites y en el interior del universo para su articulación»².

Este es el tema: Habitamos siempre una descripción del mundo hecha de palabras estables, de puntos cardinales, de valores fuertes, que nos ofrecen y determinan la posibilidad de leer y apreciar el mundo. Nos orientan: nos dan un horizonte cultural.

La respuesta correcta a la pregunta “¿de dónde venimos?” es la de reconocernos en los comienzos de una gran revolución que se refiere al sentido de la vida, y es necesario tomar conciencia del hecho de que ha cambiado la descripción tradicional del universo (¿occidental?)³.

El cambio del que hablamos se ha iniciado a mediados del siglo XIX; sin embargo, ha comenzado a imponerse a nivel general a partir de la revolución cultural del sesenta y ocho, se ha referido a algunas élites culturales o se ha concentrado en algunos acontecimientos históricos específicos; sólo posteriormente ha determinado nuestro modo de mirar y de enjuiciar el mundo. Entremos en los detalles de este planteamiento y vayamos al año 1859.

² Umberto Galimberti, *L'ospite inquietante. Il nichilismo e i goivani*, Feltrinelli, Milano 2007, 15.

³ Aldo Schiavone ha descrito de modo ajustado que «hoy es suficiente tener al menos cuarenta años para percibir la sensación de distanciamiento epocal de completos mundos de hábitos y comportamientos perdidos y que están olvidándose completamente» /*Storia e destino*, Einaudi, Torino 2007, 52)

Desvinculados del cielo

En esa fecha, Charles Darwin escribe el libro “El origen de las especies”; con las tesis que en él expone desvincula la aparición del hombre sobre la tierra de la relación con Dios: invita a contemplar el origen de la especie humana, más que en dirección de lo alto (el paraíso, el cielo, la eternidad), en dirección de nuestro parentesco común con otros animales: Así comienza el cambio. Pocos años después de Darwin, encontramos la primera y la segunda Internacional que pretenden transformar la protesta de Marx en programa político. Aún más: Freud reformula el concepto de alma como centro de agregación de energía, despojándolo de cualquier aspecto espiritual (deja de ser el cordón umbilical con el paraíso); el comienzo de la que normalmente es llamada segunda revolución industrial pone las bases para la expansión global del mercado, que hoy estamos contemplando. En aquellos años se desarrolla, en efecto, la empresa de la General Motors y la de Henry Ford, aparecen la Coca Cola y la Fiat; la tierra ya no es percibida como valle de lágrimas, sino como un lugar en el que uno se puede instalar muy a gusto. Se asiste a la relegación del Platonismo, entendido como descripción del mundo en dos planos: el mundo eterno y verdadero, por una parte, y el mundo finito y aparente, por otra; una descripción según la cual el hombre, dotado de un alma eterna, tenía en el cielo su patria; el mundo finito era entendido como una cárcel de la que había que liberarse. Después de Darwin, Freud, Marx y Ford, las gafas de Platón ya no sirven. Comienza a cambiar radicalmente la respuesta a las cuatro preguntas de la vida: ¿de dónde venimos? (Darwin); ¿a dónde vamos? (Marx); ¿quiénes somos? (Freud); ¿qué hacemos aquí? (se pasa de la economía de la salvación a la salvación por medio de la economía: el patrimonio de Ford llegó a ser de 199.000 millones de dólares).

La primera palabra clave de la tradición clásica occidental que aquí es puesta en cuestión es la de la eternidad, el paraíso, el cielo, mientras asume una nueva resonancia la “finitud”, el mundo concreto, la política, la economía.

Con una conciencia confusa

Este primer vuelco –de lo eterno a lo finito- es de un gran impacto sobre la “alta cultura” del primer decenio del siglo XX y así asistimos a un profundo replanteamiento de toda rama del saber. Lo finito ya no es algo negativo. Tras 1905 y 1908 acontece así otro gran momento de replanteamiento de la descripción clásica del Occidente. Es la época de Einstein y de su teoría de la relatividad; es la época de Picasso y su cuadro *Las señoritas de Avignon* que introduce el arte cubista; es también la época de Freud, que desvincula la sexualidad de la necesidad de la reproducción. Es también la época de Thomas Mann y de Pirandello, la época de Kafka, que da el vuelco a la primacía del vencedor sobre el vencido, del fuerte sobre su víctima.

¿Qué es lo que sucede? Sucede que ya no se tiene confianza en una única verdad ni en una verdad única, en una perspectiva definida y definitiva, sino que emerge toda la fascinación de la subjetividad, de la emotividad, del lado nocturno del corazón humano, de la diferencia, de la alteridad, de la tolerancia, de la espera. Un cambio enorme, en algunos aspectos positivo, pero también con grandes repercusiones sobre lo elemental de la vida. Cuando falta una perspectiva central, mayoritaria, la conciencia es un pequeño parlamento de muchas voces, superpuestas una a otra a veces de modo caótico.

Muere el Dios moral

Un tercer elemento decisivo del cambio viene dado por la tragedia del Holocausto. En 1942, en el campo de exterminio nazi de Auschwitz, “nace” la época de la técnica, la cual se caracteriza por el hecho de que se busca intencionadamente el potenciar los medios más rápidos para exterminar a los prisioneros. Llega la desvinculación de la técnica de la relación directa con las necesidades del sujeto humano.

Ante el Holocausto ¿quién tiene ahora la razón: el sacerdote que predica la creación divina de los hombres o Darwin que demuestra su descendencia de los monos? ¿Quién tiene razón: el catequista que proclama la santidad celestial del alma o Freud que la contempla como pura energía disponible tanto para el eros como para el thanatos – para el amor como para la muerte? Ni tampoco se debe callar la cuestión del silencio de Dios, de aquel Dios de los filósofos y de los teólogos de la omnipotencia. Con la Shoah sucede algo muy profundo: muere el Dios moral, el Dios que fundamenta la moral en el miedo. Es un Dios que está lejos del Evangelio, pero es aquel Dios ampliamente difundido en el tiempo posterior al Concilio de Trento. ¿Qué miedo podrá evocar un Dios que no ha parado la mano de Hitler? Por eso, hoy nadie se siente culpable por no ser un creyente practicante o por no haber ido a Misa el domingo... y llega a cambiar el concepto del pecado.

Es expulsado del paraíso

Todo este camino se concreta y se difunde ampliamente en la revolución del Sesenta y ocho. Es el tiempo en que se cumplen las profecías de Nietzsche. Y es exactamente en el año de la revolución del mayo francés cuando sus planteamientos se hacen pan de cada día del ciudadano medio occidental. Hablamos del planteamiento de la singularidad, de la unicidad, de la corporeidad, de la opción, de la autonomía del sujeto. “Prohibido prohibir”: es el slogan del '68, con el que se ataca la tradición cultural y moral del pasado, considerada excesivamente poco respetuosa de la singularidad de cada uno: “Cada uno es para sí mismo”.

De modo más general, también, indirectamente, reconocemos en el '68 un ataque a otro gran pilar de la tradición cristiana y de la tradición occidental, el referido al pensamiento de San Agustín, que había invitado al hombre a leer su vida en el marco de un cuadro general de tipo providencial, en el cual la lucha contra el pecado y el mal tenía lugar en el corazón de cada hombre, el cual

tenía que estar bien dispuesto a acoger también la palabra y la realidad del sacrificio/renuncia con miras a la ciudad de Dios, el paraíso. Gran palabra clave de la descripción occidental del mundo, hasta cuanto ha quedado como un lugar de la tierra pobre (años '60, boom económico).

Ahora, en lugar de Agustín, llega John Lennon que invita a una descripción diferente del mundo: Imagine. Sí, imagina que no existe el paraíso, si estás buscando la felicidad, la buena vida. ¡Después de dos milenios vividos a la sombra de la expulsión del paraíso, se asiste ahora a la eliminación del paraíso! ¡Y no es una casualidad que en 1969 el hombre llegue a la luna y pueda fijar desde lo alto del cielo la mirada sobre su mundo!

Se adopta la libre determinación

La última etapa del viaje que ha decidido la reestructuración del imaginario actual se refiere a la crisis de la autoridad, de la ley, de la fuerza de las instituciones jurídicas para plasmar la vida de la ciudad. La conciencia tradicional ha estado profundamente influenciada por el reconocimiento del vínculo de la ley como garantía absoluta de una convivencia pacífica. Pues bien, en el esfuerzo por elaborar el luto de la segunda guerra mundial (donde había podido más la autoridad de la fuerza que la fuerza de la autoridad), en la lucha contra el terrorismo, en la caída del muro de Berlín, que tuvo lugar en noviembre de 1989, en los escándalos financieros, en la caída de las Torres Gemelas, en la mescolanza de las religiones y de las culturas, en la rápida globalización de la economía, tiene lugar un giro decidido contra la fuerza de la autoridad. Y, obviamente, los mass media de nueva generación exaltan este elemento de la singularidad, de la subjetividad: los móviles, los pad, los pod, etc. Y así llegamos a nuestro hoy, cuyas palabras clave son la finitud, la alteridad, el pluralismo, la tolerancia, el sentimiento, la técnica, la salud, el cambio, la puesta al día, la corporeidad, la mujer, el consumo, el bienestar, la juventud, la longevidad, la singularidad, la sexualidad, la democracia, la convicción,

la comunicación, la participación... mientras todo lo que huele a eternidad, paraíso, naturaleza, fijación, madurez, adultez, espíritu, sobriedad, sacrificio, autoridad, derecho, tradición: todo esto pasa a segundo plano...

Y el desafío para todos es el siguiente: ¿como hacer frente a tal vuelco, a este nuevo imaginario, a esta inédita escala de valores que así tan de improviso se nos ha impuesto y que continuamente nos quita la respiración cada hora del día y de la noche?

La inmadurez de los adultos

A partir de esta lectura, no causa ningún estupor que casi nadie logre estar a la altura del nuevo escenario humano en que nos encontramos viviendo. Y es precisamente esta situación la que tenemos que registrar como “síntoma” característico de la humanidad actual: el síntoma de una «inmadurez» difusa o bien de un juvenilismo difuso, de una increíble dificultad para hacerse adultos, maduros; en resumen, el síndrome de Peter Pan⁴. Es la enfermedad que ha agredido sobre todo a la generación de los adultos, a los que nacieron más o menos entre 1946 y 1964 y que han vivido plenamente el Sesenta y ocho. A través de ellos, la enfermedad de la inmadurez y del juvenilismo ha envenenado literalmente el aire que respiramos y es esta enfermedad la que nos quita la fuerza para esperar, para dar crédito a lo real. Por causa de ella, los adultos están perdiendo su vocación original y su fuerza generadora y educadora, haciéndose incapaces para educar y para transmitir la fe.

La juventud es la gran máquina de felicidad de los adultos de hoy, la única fuente de humanización. Por eso los maestros de hoy son los hijos, los jóvenes, y ha saltado por los aires cualquier posible diálogo educativo, lo mismo a nivel humano que a nivel religioso.

⁴ Cfr Francesco Cataluccio, *Immaturità. La malattia del nostro tempo*, Einaudi, Torino 2014; G. Cucci, *La crisi dell'adulto. La sindrome di Peter Pan*, Citadella 2012; Massimo Recalcati, *Il complesso di Telemaco. Genitori e figli dopo il tramonto del padre*, Feltrinelli Milano 2013.

Y es precisamente por esto por lo que se hace difícil esperar, dar crédito a lo real. Hay que añadir que el mayor poder de nuestro tiempo, el mercado, quiere a toda costa mantener esta situación de inmadurez: es decir, quiere eternos jóvenes. Ahora bien ¿qué mejor instrumento de esa ilusión de juventud, que es una meta simplemente imposible, para tener consumidores siempre insatisfechos? Gracias al dispositivo de la juventud, los consumidores adultos están siempre y solo parcialmente satisfechos (el consumidor satisfecho es la pesadilla del mercado, porque deja de gastar) y por eso siempre está disponible para caer en las redes de las ilusiones del mercado.

Por eso en nuestra época no logramos ya ni educar ni transmitir la fe: ¿qué sentido tendría, en efecto, educar y evangelizar a los jóvenes, cuando lo máximo de la vida y la vida al máximo es la juventud, de la que ellos son los titulares? ¿Hacia qué lugar deberíamos conducir a las jóvenes generaciones si la juventud es el paraíso? La educación acaba cuando el adulto interpreta la propia vida no como un camino hacia delante, sino como un torpe intento de volver atrás. Y luego la fe. La fe es una cuestión de los ojos. Y bien, ¿qué ven los jóvenes y los adolescentes ante ellos? ¿Adultos que rezan? ¿Adultos que leen el Evangelio? ¿Adultos que orientan su existencia según Jesús? ¿Adultos felices de ser cristianos? La mayoría de las veces ven a adultos preocupados porque ya no son jóvenes... adultos enfermos de inmadurez...

¿QUÉ COMUNIDAD PARA QUE EL ANUNCIO VUELVA A PROCLAMAR LA CARIDAD?

La acogida del Evangelio en este escenario y en este tiempo requiere adultos auténticos que sepan hacer don de sí mismos. Pero también aquí es necesario evitar una lectura simplista. Hay un anuncio explícito del Evangelio, en el que se piensa intuitivamente, pero hay un anuncio implícito: la Iglesia habla con toda su vida y su vida es más elocuente que sus palabras.

Hay que reconocer que el verdadero obstáculo para la acogida del Evangelio no es el Evangelio, sino el testimonio de los creyentes. Si escuchamos a las personas, no solo a aquellas que se han distanciado de nosotros, sino también a los cristianos, también a las personas que forman parte de nuestra familias, en particular a los jóvenes, nos dicen sin término medio que el mayor obstáculo para el Evangelio hoy es la Iglesia. Es cierto que hablan de la Jerarquía, hablan del Vaticano, de los curas, de los escándalos que ha habido y que continúa habiendo. Pero también hablan de nuestras parroquias y de aquellos que se dicen cristianos pero viven como si no lo fueran.

Es necesario unir la audacia del anuncio explícito con el compromiso por hacer de nosotros mismos y de nuestras comunidades eclesiales una figura concreta de este anuncio, un quinto evangelio no escrito en un libro sino en nuestra vida. El Papa Francisco advierte que: "Cualquier comunidad de Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos. Fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos"⁵.

Estamos llamados a reconstruir el rostro de nuestras comunidades, a abrir el corazón y las manos a todos aquellos que están heridos por la vida. Es solo en el seno de una comunidad viva donde la evangelización puede producir fruto en el corazón de las personas.

Quisiera ahora desarrollar más propiamente esta cuestión, que es el segundo punto de mi intervención. ¿Qué rostro hay que dar a nuestras comunidades para que el anuncio vuelva a proclamar la caridad? Quizás así pueda también entenderse el hecho de que el problema de la infecundidad de la evangelización hoy, y de la

5 *Evangelii gaudium*, n. 207.

catequesis de los tiempos modernos, está ligado a los cambios culturales indicados, pero es también un problema que se refiere a la capacidad o incapacidad de la Iglesia para configurarse como comunidad real.

En estos años que nos separan del Concilio, hemos hecho muchas mejoras en el campo de la catequesis. Esto es lo que ha sucedido: mientras que, por un lado han crecido los catequistas y ha mejorado la catequesis, por otro la comunidad eclesial se ha quedado a menudo como un ámbito anónimo, un lugar impersonal, una referencia con escasa calidad relacional y espiritual. Así, el anuncio hecho por la catequesis ha quedado muchas veces solo en palabras, sin una verificación existencial.

Resumo en cuatro puntos el esfuerzo de revisión del rostro de nuestras comunidades para que sean lugares donde el Evangelio sea vivido y testimoniado.

Una Iglesia capaz de cercanía

Constatamos la dificultad para anunciar el Evangelio en las parroquias, en las familias, en los ambientes de trabajo. Cuando la Iglesia se encuentra en dificultad pastoral es reenviada por su Señor a un renovado seguimiento. La renovación pastoral pasa por una Iglesia que coloca en el centro la escucha de la Palabra de Dios, que se sitúa en estado de formación. "Por eso, yo la persuado, la llevo al desierto, le hablo al corazón" (Os 2,16). Es una invitación a los cristianos para que acojan la llamada a volver a escuchar el Evangelio como si fuese la primera vez, a redescubrir el tesoro del que son portadores, a recuperar el asombro y el amor quizás empañado por el paso del tiempo. Hoy tenemos que ser conscientes de las dificultades que tenemos de cara a la cercanía, a hacernos prójimos, a ser cercanos unos de otros. En la parábola del buen samaritano, contada por Jesús (Lc 10, 30-35), el no hacer la caridad por parte del sacerdote y el levita se debe no a una maldad particular, ni a la pertenencia a una casta, sino al hecho de que no se han

sentido prójimos del hombre necesitado, víctima de los malhechores. Si se hubiesen parado y se hubiesen hecho prójimos de él, si hubiesen mirado a los ojos a aquel desgraciado, “rostro contra rostro”, también ellos hubiesen sentido compasión, hubieran sentido una angustia en las entrañas, por la compasión, y habrían ejercido la misericordia con él.

La cercanía es esencial a la evangelización y, por tanto, a la diakonía, a la caridad. Es necesario decidir hacerse cercano, encontrar al otro, superando precomprensiones, prejuicios, fatigas y desconfianzas. Una Iglesia capaz de cercanía escucha el Evangelio, escucha a las personas. La escucha del Señor, su seguimiento, pasa por estas dos escuchas. De ahí se deriva que la primera actividad de la Iglesia es su pasividad. La oreja es hueca: recibe. La escucha suspende la acción. Es la primera condición de una pastoral menos movida pero más rica de interioridad, “para volver a encontrar el cielo”.

Una Iglesia de comunión

El segundo rasgo del rostro de Iglesia que el Concilio nos ha dejado es el de una Iglesia fraterna en su interior y con una actitud fraternal hacia todos, una Iglesia que se hace signo, en su mismo modo de relacionarse y de organizarse, del amor de Dios. Es necesario reconocerlo. En el interior de las comunidades se tiene experiencia de la diversidad, la cual, en vez de convertirse en riqueza, se transforma a veces en contraposición. Se experimenta la dificultad para articular, en forma de proyecto, las diferentes presencias (parroquias, grupos, comunidades religiosas, asociaciones y movimientos). Se pierden energías por la incapacidad de proyectar, actuar y revisar juntos. No raramente se siente que lo que dicta las relaciones no son la caridad y la estima recíproca, sino la indiferencia, la ambición, los celos de los propios sectores, el individualismo. El Espíritu invita a llegar a ser una Iglesia de estilo comunal. La doble urgencia ligada al Evangelio (la de vivirlo y

la de anunciarlo) es la que hace que no se pueda proponer dentro de la Iglesia una lógica de simple reparto de las tareas (ignorándose a menudo recíprocamente) y mucho menos de desconfianza, de conflicto o de competitividad: “La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha”⁶.

De esta base segura no puede menos que brotar un actuar misionero concordado, un estilo pastoral de unión de fuerzas, porque la única cosa que preocupa íntimamente a todos es que el don del Evangelio no falte a ninguno. Es el único modo posible de asumir con responsabilidad el mandato del Señor de anunciar el Evangelio y la vida buena que él promete a todas las creaturas (Mt 28,19). “Se trata de redescubrir la fuerza y el valor de la autoridad superando la libre determinación”.

Una Iglesia en salida

A esta capacidad de comunión corresponde una actitud extrovertida y abierta al diálogo con todos. En efecto, hay que ser ingenuos para pensar que, si no somos capaces de colaboración y de amor entre nosotros, vamos a serlo mágicamente frente a las personas que no pertenecen a nuestra comunidad. Entonces, el paso que hay que dar es intentar ser una “Iglesia en salida”⁷, de modo que situemos a Cristo en el centro y anunciemos el Evangelio a todos, en todas las situaciones, sin repulsas y sin miedo. Con demasiada frecuencia, en los últimos años hemos dado la imagen de una Iglesia que, igual que la iglesia en los días siguientes al fracaso de su profeta y rabbi, aparece como una comunidad que tiene miedo del mundo, y por eso está encerrada (Jn 20,19), preocupada por conservar la memoria más que sintiéndola como una buena noticia. La Iglesia debe sentir de nuevo la “sed de dialogar”, porque de otro

⁶ *Evangelii gaudium*, n. 195.

⁷ Cf. *Evangelii gaudium* n. 20-25.

modo no podrá encontrar la sed de los hombres. En el pozo de Sicar, la evangelización ha sido posible porque se han encontrado dos personas con sed, Jesús y la mujer samaritana (Jn 4, 5-42).

En la Iglesia en salida está en juego la relación con la cultura actual, con el tiempo en el que vivimos. Hay que reconocer que la Iglesia, igual que necesita el oxígeno con respecto a la escucha de la Palabra, lo necesita también con respecto a la esperanza. Estamos llamados a hablar no solo de la esperanza, sino, sobre todo, “con” esperanza. No se trata de tener un optimismo ingenuo: hay muchos signos de deshumanización y de vacío interior, pero hay mucha búsqueda de vida buena, mucha solidaridad. No se está en el mundo “frente a los otros”; se está con los otros, y, sobre todo, con los pobres. “Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del ‘sensus fidei’, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos”⁸.

Se tiene el don del Evangelio para ofrecerlo, una palabra evangélica que hay que escuchar de ellos, de todos, porque el Espíritu Santo nos precede. Cuando llegamos, ya Él está en el corazón de las personas y, a decir verdad, no llevamos nada: ayudamos a las personas a ver que ya está en ellos la presencia de Dios, su amor. Les ayudamos a reconocer esta presencia para que, como Jacob, despierten de su sueño y digan: “¡El Señor estaba aquí y yo no lo sabía!” (Gn 28,16). Alguno pensará que la apología se hace a fuerza de músculos. Se trata de aprender un estilo nuevo, de responder “con dulzura y respeto, con una conciencia recta” (1Pe 3,16). Es una invitación a vivir con aquella fuerza suave que nos viene de

8 *Evangelii gaudium* n. 198.

nuestra identidad de hijos de Dios, de la unión con Cristo en el Espíritu, que restituye no la moral de la culpa sino la de las opciones responsables, no la del pecado que hay que negar, sino la de la misericordia que hay que acoger y dar.

Una Iglesia humilde

Es el último rasgo, que es decisivo, es entonces no el del juicio sobre el mundo (dejemos que lo haga Dios), sino el de la pasión humilde y el de la compasión por el hombre. También sobre esta necesaria conciencia Cristo Jesús nos ha advertido: no ha venido para quien se siente justo, no ha venido para quien se siente sano o vidente (cf Jn 9,39-41), sino que ha venido para los pecadores, y por eso, los pecadores públicos, manifestos, “los publicanos y las prostitutas” precederán en el Reino de Dios a las personas consideradas justas (cf. Mt 21,31). Tenemos entonces una iglesia y unos cristianos que no se imponen sino que proponen con suavidad y dulzura; unos discípulos de Jesús que no se sienten asediados ni militantes frente a una sociedad que se percibe como enemiga y condenada; una acción caritativa que no es amiga de epifanías ni de dar fáciles testimonios... En esta óptica habría que leer de nuevo el discurso pronunciado por Pablo VI en Belén en la solemnidad de la Epifanía de 1964, en el cual destacan las siguientes afirmaciones: “La Iglesia mira al mundo con inmensa simpatía. Si el mundo se siente extraño al cristianismo, el cristianismo no puede sentirse extraño al mundo, cualquiera que sea la actitud del mundo hacia la Iglesia”.

Todo lo que es humano nos apasiona y nos produce compasión cualquier herida inferida a la humanidad de las personas. La caridad es la última palabra del Evangelio. En general, nosotros pensamos que la caridad es el paso preliminar para preparar el terreno del anuncio, una especie de pre-evangelización. En cambio, no pensamos que también es la meta última de la evangelización, su éxito final. La caridad basta, porque la caridad es Dios (1Cor 13).

El convencimiento de que el éxito final de la historia es el Reino de Dios (y no la Iglesia) confiere a la comunidad cristiana toda la fuerza y toda la debilidad evangélica de su ser sacramento, signo del amor de Dios para toda criatura. La Iglesia experimenta y anuncia la fuerza liberadora del Evangelio cuando se hace humilde, se pone de parte de quien está en desventaja y se hace buen samaritano de quien se encuentra en los márgenes de la vida. La lista de las pobreza que golpean hoy nuestras ciudades es amplísima: la discapacidad física y psíquica, la enfermedad, la soledad, la falta o la pérdida del trabajo, las fragilidades que se relacionan con los afectos y la vida familiar, las incomodidades padecidas por los ancianos, la falta de una vivienda, la explotación en todas sus formas, la presencia de inmigrantes y de extranjeros. El anuncio de la vida buena del Evangelio con respecto a estos últimos, por ejemplo, no puede ser otro que la palabra de Pablo: “Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos... y familiares” (Ef 2,15). En esta iglesia capaz de humildad, el compromiso político de los cristianos debe ser considerado como una alta forma de caridad⁹ y se convierte en un modo de volver a introducir el paraíso en la vida de todos.

Una Iglesia capaz de cercanía, de comunión, en salida y humilde: ese es el rostro de una comunidad que anuncia el Evangelio con sus palabras y con su misma vida.

ANUNCIAR EL EVANGELIO DE LA CARIDAD Y LA ALEGRÍA DE LA IGLESIA

El mundo y la Iglesia demandan caridad. Y quisiera concluir con la atención a la caridad. Es verdad que la caridad es la última palabra del Evangelio, la más creíble, la que habla de Dios sin error posible, porque Dios es amor. Pero también es verdad que el más grande acto de caridad es entregar el Evangelio. El amor al otro es el que empuja a testimoniar la fe, a hacerle conocer a Cristo,

9 Cf. *Evangelii gaudium* n. 205

a hacerle descubrir la comunidad cristiana. Podrá amarse a todos en silencio, pero cuando se ama de verdad no se puede dejar de comunicar el secreto de la esperanza. Y cuando la caridad y el anuncio explícito puedan parecer infructuosos, entonces será importante rezar por todos.

Edificar la caridad

La lectura de la realidad nos dice que Dios ha sido eliminado, que existe una conciencia confusa, que el paraíso ha sido alejado y que se da una libre determinación de la conducta. Todas estas realidades suponen no solo un reto sino una oportunidad para repensar un modo de ser iglesia y de vivir la caridad.

En síntesis, podemos resumir la tarea de edificar la caridad en tres pasos: la opción por los últimos, la atención a la persona y un estilo que se convierte en contenido.

- “Partir de los últimos” no significa solo intensificar los servicios específicos en su favor, sino también compartir su vida y dejarse evangelizar por ellos. Se trata de partir de sus puntos de vista, en cualquier cosa que se haga.

- Es necesario madurar el respecto de cada hombre y de cada mujer, desde los cuales tiene sentido el comienzo de su vida, la plenitud de su vida y también su sufrimiento, hasta la muerte: “lo dejaron medio muerto”. Para recibir un subsidio de la caridad pública tienen que cumplimentarse un montón de certificados, pero quien viene a pedir la caridad de la comunidad no tiene que presentar ningún certificado, basta que diga: “tengo hambre”. El ministerio de la caridad es hoy una realidad particularmente interesante, viva y urgente, porque ayuda a hacer fresco el Evangelio, inspirador de nuestros gestos y a hacer brotar la alegría de ser sacramento del buen samaritano, que es Jesucristo.

- Estando con los pequeños se aprende a comunicar correctamente y con estilo. El estilo es un aspecto fundamental, ya que es tan importante como el contenido del mensaje. Es significativo que en los evangelios se encuentre en la boca de Jesús una insistencia sobre el estilo, que siempre es sintético y preciso: “No hagáis como los hipócritas” (Mt 6,2.5.16); “andad como ovejas entre lobos” Mt 10,16); “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29). El mismo texto exhortativo de Pablo en la carta a los cristianos de Colosas: “Revestíos de sentimientos de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia (Col 3,12), quiere indicar el estilo con que el Evangelio puede alcanzar a las periferias existenciales, el estilo que hay que asumir cuando se vive el Evangelio de la caridad.

Es indispensable asumir un estilo correcto, porque hay una caridad que no tiene una manifestación económica inmediata, sino más bien una íntima identidad de las personas: la persona enferma, anciana, el joven, el indefenso, la familia desestructurada. Este tipo de destinatarios no buscan cosas que se hagan por ellos, sino, la mayoría de las veces, el contacto, portador del mensaje de la misericordia, y el consuelo de la fraternidad cristiana. El corazón del siervo es llamado a hacerse grande y a unirse al del pobre. El estilo con que el cristiano está en la compañía de los hombres es determinante. De él depende la misma fe. No se puede anunciar a un Jesús que narra a Dios en la mansedumbre, en la humildad, en la misericordia, y hacerlo con estilo arrogante, con tonos fuertes. Todo gesto de caridad es la consecuencia lógica de un deber de humanidad. El samaritano que se inclina sobre el hombre “medio muerto”, manifiesta su dignidad de persona humana y, al mismo tiempo, reconoce en el herido sin voz a un igual en dignidad humana. El camino que hemos intentado hacer juntos nos dice que es necesario estar atentos para mantener el espíritu libre y generoso, para que, frente a la miseria humana que pasa, no tengamos derecho a decir: “Pasa mañana, que hoy no puedo”. Cuando pasa, hay que acogerla, cuando se la encuentra, hay que afrontarla.

Hacer el bien

No es, pues, tan verdad, que el mundo vaya adelante sobre la base de intercambios convenientes de cosas que son mercancías. Detrás de los intercambios hay personas que reclaman atención, escucha, respeto. Así toma cuerpo el interés por lo que se vive y se hace, no sobre la base de un precio preestablecido, sino por el gusto de las relaciones entre personas, por el cuidado del otro como “querido”. El bien ofrecido rompe el afán y el miedo de la deuda, que empuja a percibir al otro como competidor cuando no como antagonista, y ofrece a la sociedad un alma de humanidad. El bien común no puede aprenderse más que desde dentro de acontecimientos que permiten reconocerlo. La práctica del bien hacia los otros no puede inscribirse más que en una historia, dentro de un tejido de relaciones que pasa la prueba del tiempo y que permite reconocer la intencionalidad del donante. Es la persistencia de la práctica de lo gratuito la que garantiza su veracidad. Es saber que el infeliz existe no como una unidad dentro de una colección, sino en cuanto hombre, exactamente semejante a nosotros, que ha sido tocado una vez con un signo inimitable de la desgracia. Por eso es indispensable saber poner en él la mirada. La responsabilidad frente a Dios que manda amar al prójimo se traduce en responsabilidad frente al mundo, lugar de concreción del amor de Dios por el hombre y del amor del hombre por su prójimo. La catequesis sobre la caridad llega a ser verdadera en contacto con un mundo que es amado y que es tomado en serio porque ninguna relación humana o interhumana podría existir fuera de la economía, ningún rostro podría ser encontrado si se tienen las manos vacías y las puertas cerradas. Ser responsables de sí mismos es el primer paso de una posible responsabilidad hacia los demás. El catequista, criatura frágil y apasionada, discípulo activo y contemplativo, que ha encontrado realmente a los pobres, cuando le preguntan: “¿quién eres?”, con el rostro convertido en imagen de otros rostros, con el corazón rebosante de encuentros, podrá decir: “Yo soy el que ha vivido la aventura de bajar de Jerusalén a Jericó”.